

CLÁSICOS  
A MEDIDA

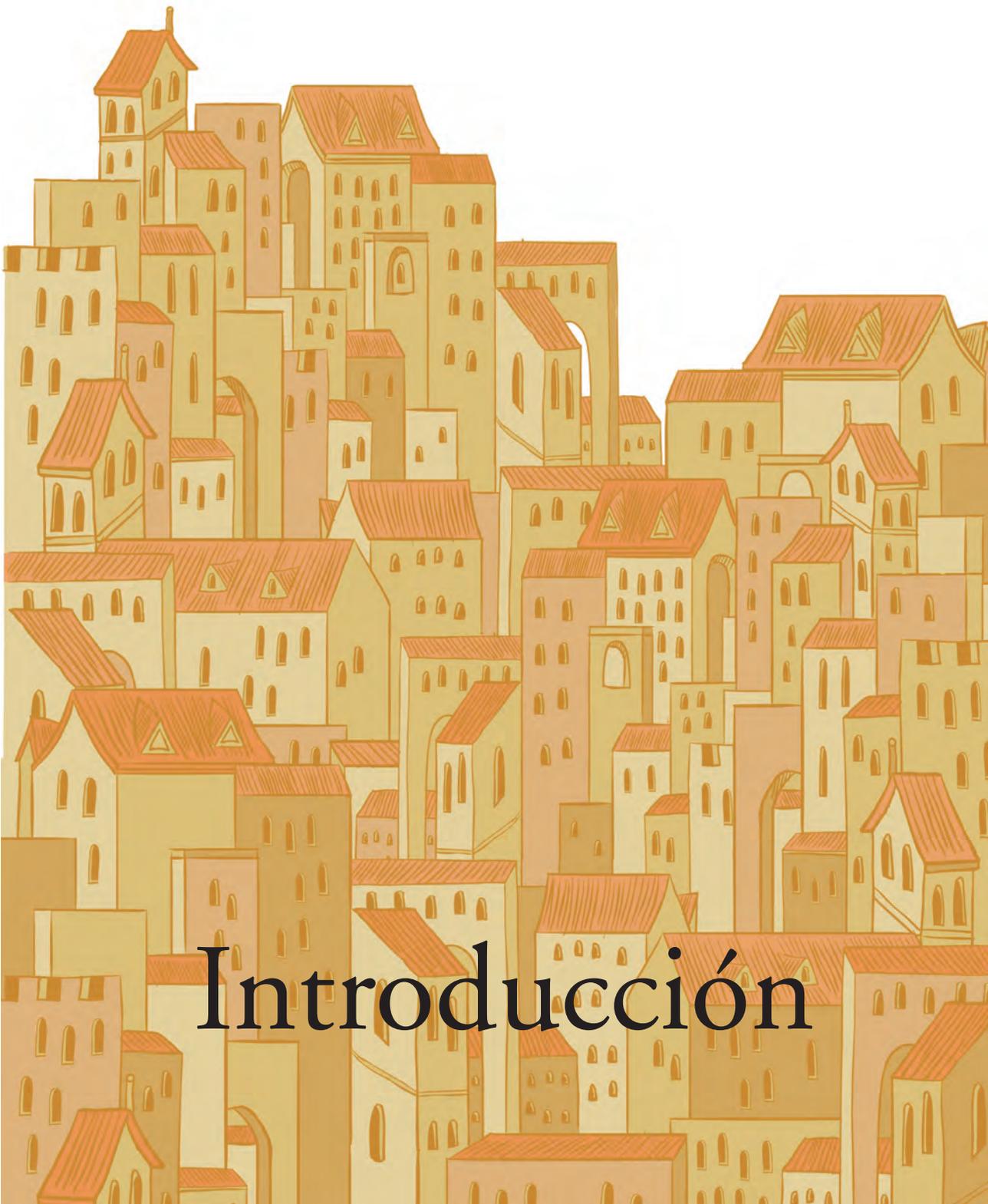
---

# La Celestina

## Fernando de Rojas

Adaptación de Francisco Alejo Fernández  
Ilustraciones de Puño

ANAYA



# Introducción

### ***La Celestina hoy***

Hace ya más de quinientos años, Fernando de Rojas, con la ayuda previa de un segundo autor cuyo nombre desconocemos, escribió esta obra. A pesar del tiempo transcurrido, como ocurre con los grandes clásicos de la literatura, *La Celestina* sigue teniendo actualidad. ¿No nos quejamos de la excesiva importancia que nuestra sociedad concede al dinero? En *La Celestina* se habla continuamente de dinero. El brillo del oro lleva a la pérdida a sus protagonistas. Todos los personajes se mueven con loco afán por conseguir provecho. Dinero, oro, provecho, ¿cuántas veces aparecen en el texto de Rojas estas palabras?

El egoísmo es protagonista de la obra. Todos los personajes que la pueblan buscan únicamente el interés personal. Los apartes —espacios de libertad en que expresan sus verdaderos pensamientos— lo demuestran. Celestina pone en marcha toda una trama para que Calisto consiga a Melibea, y en ella invita a

participar a los criados de Calisto, a los que envuelve y engaña con promesas de riquezas y con la atracción erótica de las muchachas que trabajan para ella.

Por otra parte, tienen todos los personajes de *La Celestina* una clara conciencia del paso del tiempo, una clara percepción de la proximidad de la muerte y saben de lo cambiante de la fortuna. Gozar es el único remedio para aprovechar la brevedad de los días: «No hay cosa tan ligera huyendo como la vida. La muerte nos sigue y rodea, de ella somos vecinos», dice Pleberio. Celestina insiste una y otra vez en el tópico del *carpe diem* ('aprovecha tu juventud mientras dura'), mostrando su arrepentimiento por haber dejado pasar algunas oportunidades de goce que en su juventud se le presentaron. La vejez, según Celestina, solo nos depara males. Los personajes se mueven a instancias de sus temores, de sus terrores. Tendríamos que valorar si son los mismos que atenazan a los hombres y mujeres de hoy, a los jóvenes y a los viejos.

En la obra se nos ofrece un extraordinario retrato de unos padres que ignoran lo que su hija siente, piensa y hace. La distancia generacional parece que está aquí apuntada y es indudablemente uno de los motivos de la tragedia final. La ignorancia raya en la irresponsabilidad. Pero es parte fundamental de la tragedia: no saber lo que se debería saber. Lo advertimos desde la primera visita de Celestina a casa de Melibea. Y sin embargo, Pleberio y Alisa son padres cariñosísimos, atentos a los deseos de su hija, dispuestos incluso a pedirle su opinión para la elección de esposo, y que lloran con desconsuelo infinito la muerte de su hija. ¿Duda alguien de que no hay nada nuevo bajo el sol?

## El amor, motor de *La Celestina*

Pero *La Celestina* también es una historia de amor, o sobre el amor, o de cómo el amor transforma a los hombres y a las mujeres. Todos están afectados por esta *enfermedad* —como tal se trata en el libro, como tal se describen sus síntomas—. Calisto, el primero. Sin embargo no están menos heridos por las saetas de Cupido sus criados, Sempronio y Pármeno. Para conseguir el amor deseado, este rompe las barreras de sus propias creencias, traiciona no solo a su señor, sino también a sí mismo. La vieja Celestina dirige, con su portentosa batuta —hecha de experiencia, de conocimiento del ser humano, de palabras—, este gran concierto... o desconcierto. ¿No es el amor una fuerza poderosa que protagoniza las historias que tú conoces, las películas que ves en el cine? ¿No viven y mueren los personajes de ellas por amor? ¿Quién puede negar su poder, el placer que produce, la amargura que muchas veces acarrea? ¿Qué gran historia no es, en fin, una historia de amor?

## Una historia compleja

¿A quién podemos salvar, si todos actúan empujados por el egoísmo, si todos terminan traicionando a su prójimo: Calisto, a sus criados; los criados, a Calisto; Celestina, a los que la han ayudado; Melibea, a sus padres? Más que condenar, Fernando de Rojas presenta con dolor y resignación, con sabiduría, la realidad humana en su complejidad. Todos los personajes son, pues, salvables, porque todos son humanos, están hechos de la misma materia que nosotros y tienen nuestras debilidades.

Por eso, Rojas les da la oportunidad de expresarse. Aunque cada uno de ellos fracasa en su intento de conseguir la felicidad

—¿no es eso lo que andan buscando?—, han tenido la ocasión de explicarse. Para ello, el autor los dota de una capacidad lingüística envidiable. Celestina es, desde luego, la que posee este don en su más alto grado. Su poder de «envolver» a los que la rodean estriba especialmente en su portentosa habilidad verbal. Diríamos —sin exagerar— que es capaz de enredar al mismísimo diablo... en los hilos que lleva a casa de Melibea. Presta atención a las palabras con las que, para conseguir apresarlos entre los hilos de la tela, conjura al demonio. No importa que nosotros no creamos en los hechizos; ella sí cree en ellos o, por lo menos, afianzan su seguridad en sí misma cuando su valor flaquea. Ni siquiera en estas creencias estamos tan alejados del mundo de *La Celestina*. Asistimos hoy al resurgimiento de supersticiones ancestrales, que son explotadas —por cierto que con mucho éxito— por el cine y la televisión.

Azorín imaginó una vez un final diferente para la historia de Calisto y Melibea: «Calisto y Melibea se casaron —como sabrá el lector si ha leído *La Celestina*— a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calisto de la que después había de ser su mujer un día que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto dieciocho años. Veintitrés tenía entonces Calisto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació, que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa. Desde la ancha solana que está a la puerta trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calisto pasaban sus dulces coloquios de amor». Al leer esta prodigiosa obra de Fernando de Rojas, reflexiona sobre las palabras de Azorín. ¿Pudo ser este el destino de Calisto y Melibea? Otro hubiera sido el libro o, más seguramente, el libro no habría existido. Porque ni Calisto ni Melibea, ni Celestina, ni Sempronio ni Pármeno, pudieron tener otra oportunidad que la de vivir sus vidas en una libertad suicida.

### **Esta edición**

La presente adaptación de *La Celestina* mantiene la fidelidad al sentido de la obra original y a sus principales rasgos literarios. Para ajustarse a las características de la colección, se ha reducido el texto y se han añadido breves resúmenes narrativos que permiten seguir íntegramente el argumento de la obra.

Por otra parte, mantenemos un espacio de separación entre líneas para indicar los cambios de escena, como sucede en la mayor parte de las numerosas ediciones que de la obra hay en el mercado.



# La Celestina



**C**alisto ha entrado en busca de un halcón en la huerta que hay en casa de Melibea y allí se encuentran. Rendido de amor por ella, comienza a hablarle. Melibea lo rechaza con gran dureza y Calisto se marcha a su casa muy angustiado. Le cuenta su pena de amor a Sempronio, su criado, quien, después de escucharlo, le recomienda que le pida ayuda a la vieja alcahueta Celestina, en cuya casa vive Elicia, de la que el criado está enamorado. Calisto acepta y cuando Sempronio llega a casa de Celestina para tratar del asunto con ella, Elicia está con un cliente, al que esconde. Sempronio le explica a la vieja el asunto que allí lo trae y juntos se dirigen a la casa de Calisto. Cuando llegan, Pármene, otro criado de Calisto, reconoce a Celestina, y antes de abrir la puerta le cuenta a su amo los oficios a los que la alcahueta se dedica y le advierte del peligro que corre tratando con esa mujer. Celestina entra finalmente en la casa y es saludada con gran alegría por Calisto. Celestina y Pármene se quedan solos un momento y, en una intensa conversación, la alcahueta trata de convencer al criado para que se una a ella y a Sempronio y aprovecharse así de los amores de su amo. Le promete conseguirle a Areúsa, prostituta de la que está enamorado Pármene, y le re-

cuerda con entusiasmo la amistad que mantuvo con su madre cuando él era pequeño.

PÁRMENO, CALISTO, MELIBEA, SEMPRONIO, CELESTINA

*Calisto y Melibea se encuentran en la huerta y él, prendado de ella, comienza a hablarle.*

CALISTO.—En esto veo, Melibea, la grandeza de Dios.

MELIBEA.—¿En qué, Calisto?

CALISTO.—En que le dio poder a la naturaleza para que de tan perfecta hermosura te dotase y en que me haya concedido, sin merecerlo, el regalo de llegar a verte y en un lugar tan apropiado para declararte mi secreto dolor.

MELIBEA.—¿Por gran regalo tienes verme, Calisto?

CALISTO.—Le doy verdaderamente tanto valor que, si Dios me concediese en el cielo un lugar superior al que ocupan los santos, no lo consideraría una felicidad más grande.

MELIBEA.—Pues mayor galardón te daré yo si sigues así.

CALISTO.—¡Oh bienaventuradas orejas mías, que no sois dignas de las hermosas palabras que habéis oído!

MELIBEA.—Pero serán desventuradas cuando acabes de oírme porque el pago será tan fiero como merecen tu loco atrevimiento y la mala intención de tus palabras. ¿Cómo es posible que de la cabeza de un hombre como tú haya salido tal propósito dirigido a una mujer virtuosa como yo? ¡Vete, vete de aquí, grosero, que no puede mi paciencia tolerar que te haya entrado la idea de conversar conmigo sobre los placeres de un amor deshonesto!

CALISTO.—Me iré como se va aquel contra quien la desfavorable fortuna pone todo su empeño.

*Calisto, desesperado por el rechazo de Melibea, llega a su casa, donde mantiene una larga conversación con su criado Sempronio. Calisto, totalmente exaltado, llega a considerar a Melibea como su único Dios y se declara, antes que cristiano, «melibeo». Sempronio le advierte contra las maldades de las mujeres.*

SEMPRONIO.—Lee a los historiadores, estudia a los filósofos, atiende a los poetas: las mujeres y el vino hacen a los hombres abandonar su religión. Paganos, judíos, cristianos y moros, todos están de acuerdo en esto. Pero no cometas el error de aplicar a todas todo lo que he dicho y lo que diga de ellas, pues muchas ha habido y hay santas y virtuosas y notables, cuyo resplandor salva a las mujeres de la deshonra general. Sin embargo, de las otras, ¿quién te podría contar todas sus mentiras, sus enredos, sus cambios, su poca prudencia, sus lágri-



mas fingidas, sus alteraciones, su audacia, su lengua, su engaño, su olvido, su desamor, su ingratitud, su inconstancia, su calumniar, su negar, su enredar, su presunción, su vanidad, su bajeza, su necedad, su desprecio, su soberbia, su preguntarse y responderse ellas mismas, sus burlas, su charlatanería, su glotonería, su lujuria y suciedad, su miedo, su atrevimiento, sus hechicerías, sus embustes, sus menosprecios, su lengua desbocada, su desvergüenza, su alcahuetería?

CALISTO.—¿Ves? Mientras más cosas me dices y más inconvenientes me pones, más la quiero. No sé qué es esto.

SEMPRONIO.—No es este un asunto para mozos, según veo, pues no obedecen a la razón ni se saben controlar. Penosa cosa es que crea que es maestro el que nunca fue discípulo.

CALISTO.—¿Y tú qué sabes? ¿Quién te ha enseñado estas cosas?

SEMPRONIO.—¿Quién? Ellas, que cuando se destapan pierden de tal forma la vergüenza que todo esto y más a los hombres descubren. Ponte pues en el lugar que te corresponde; piensa que eres más digno de lo que te consideras.

*Pero Calisto se siente indigno de Melibea. Sempronio le señala que no tiene motivos para ello porque, además de ser hombre, la naturaleza lo ha dotado de hermosura y del aprecio de todos. Calisto se queja, sin embargo, de que le falta el amor de Melibea, a la que considera inalcanzable a causa de sus extraordinarias virtudes y su gran belleza, que describe y alaba con pasión.*

CALISTO.—Comienzo por los cabellos. ¿Ves tú las madejas de oro fino que hilan en Arabia? Más lindos son y no brillan menos; son tan largos que le llegan a los pies; además, peinados y recogidos con una delicada cinta, como ella se los pone, no necesita más para convertir a los hombres en piedras.

SEMPRONIO.—(*Hablando consigo mismo.* ¡Más bien en asnos!)

CALISTO.—Los ojos verdes, rasgados; las pestañas, largas; las cejas, finas y elevadas; la nariz, mediana; la boca, pequeña; los dientes, menudos y blancos; los labios, rojos y sensuales; el contorno del rostro, un poco más largo que redondo; el pecho, alto. La redondez y forma de las pequeñas tetas, ¿quién te la podría pintar? El cutis limpio, lustroso; su piel hace parecer oscura a la nieve.

SEMPRONIO.—(*Hablando consigo mismo.* ¡En sus trece sigue este necio!)

CALISTO.—Las manos medianamente pequeñas, de dulce carne acompañadas; los dedos largos, las uñas largas y coloradas, que parecen rubíes entre perlas.

*Con el fin de evitar la desesperación de Calisto, Sempronio le promete que le conseguirá a Melibea. Agradecido, Calisto le hace un buen regalo y le pregunta cómo piensa cumplir su promesa.*

SEMPRONIO.—Yo te lo diré. Hace mucho tiempo que conozco en esta población a una vieja barbuda que se llama Celestina, hechicera, astuta, experta en cuantas maldades existen. Sé que son más de cinco mil virgos<sup>1</sup> los que se han hecho y deshecho bajo su autoridad en esta ciudad. En las duras piedras es capaz de provocar lujuria si quiere.

CALISTO.—¿Podría yo hablar con ella?

SEMPRONIO.—Yo te la traeré aquí. Prepárate, hazle regalos, sé generoso con ella.

CALISTO.—¿Y vas a tardar?

CALISTO.—Ya voy. Quede Dios contigo.

---

<sup>1</sup> *Virgo*: Celestina, entre otros oficios, tiene el de restituir la virginidad de las mujeres.

*Sempronio llega a casa de Celestina, donde es recibido con grandes muestras de alegría por la alcahueta. Pregunta por Elicia, prostituta de la que está enamorado, que en ese momento se encuentra con un cliente, al que esconde para que Sempronio no lo vea. Finalmente, Sempronio pide a Celestina que lo acompañe a casa de Calisto.*

SEMPRONIO.—Madre mía, coge tu manto y vámonos, que por el camino sabrás lo que, si aquí me entretuviese en contarte, impediría tu provecho y el mío.

CELESTINA.—Nos vamos. Elicia, queda con Dios; cierra la puerta.

SEMPRONIO.—¡Oh madre mía! Deja todas las cosas de lado y solo presta atención y piensa en lo que te voy a decir. Y quiero que sepas por mí lo que todavía no has oído, y es que jamás he podido, desde que tengo confianza contigo, desear un bien del que no te correspondiese una parte.

CELESTINA.—Habla, no te detengas, pues la amistad que tú y yo mantenemos no necesita de rodeos, ni de preámbulos, ni adornos de ningún tipo para que aumente nuestro afecto. Abrevia y ve a los hechos, pues es inútil decir con muchas palabras lo que con pocas se puede expresar.

SEMPRONIO.—Así es. Calisto arde en amores por Melibea. De ti y de mí tiene necesidad. Si los dos juntos le hacemos falta, juntos nos beneficiaremos.

CELESTINA.—Bien has hablado; enterada estoy. De una ojeada me doy cuenta de todo. Digo que me alegro de estas noticias como los cirujanos de los descalabrados; e igual que aquellos al principio empeoran las heridas para que la promesa de curación tenga más mérito, así me propongo actuar con Calisto. ¡Tú me entiendes!

SEMPRONIO.—Callemos, que a la puerta estamos y, como se suele decir, las paredes oyen.

CELESTINA.—Llama.

SEMPRONIO.—Ta, ta, ta.

PÁRMENO.—¿Quién es?

SEMPRONIO.—Ábreme a mí y a esta señora.

PÁRMENO.—Señor, Sempronio y una puta vieja teñida daban esos golpes.

CALISTO.—Calla, malvado, que es mi tía. Corre, corre, abre.

PÁRMENO.—¿Por qué, señor, te afliges? ¿Por qué, señor, te entristeces? ¿Es que piensas que para las orejas de esta vieja es una palabra ofensiva la que le he dicho? No lo creas, que ella se alegra de oírla como tú cuando alguien dice: «Hábil caballero es Calisto». Y además, así es como la llaman y por tal título es conocida. Si entre cien mujeres va y alguien dice: «¡Puta vieja!», sin ninguna vergüenza vuelve inmediatamente la cabeza y responde con cara alegre. Si pasa al lado de los perros, a eso suena su ladrido; si está cerca de las aves, otra cosa no cantan; si cerca del ganado, balando lo publican; si cerca de las bestias, rebuznando dicen: «¡Puta vieja!»; las ranas de los charcos otra cosa no suelen croar. Si se encuentra entre los herreros, eso dicen sus martillos; todo oficio que usa herramientas forma en el aire su nombre. Qué quieres que te diga más sino que si una piedra choca con otra, inmediatamente suena: ¡«Puta vieja»!

CALISTO.—Y tú, ¿cómo lo sabes y la conoces?

PÁRMENO.—Te lo voy a contar. Hace mucho tiempo que mi madre, mujer pobre, vivía en su vecindario y, a petición de esta Celestina, me entregó a ella como sirviente, aunque ella ahora no me reconoce, por el poco tiempo que la serví y por los cambios que la edad ha hecho en mí.

CALISTO.—¿En qué la servías?

PÁRMENO.—Señor, le iba a la plaza y le traía de comer y la acompañaba; la ayudaba en aquellos trabajos que mis tiernas fuerzas

me permitían. Tenía esta buena señora al final de la ciudad, allá en las tenerías<sup>2</sup>, en la cuesta del río, una casa apartada, medio caída, poco arreglada y no muy preparada. Ella tenía seis oficios, que eran: costurera, perfumera, maestra en hacer cosméticos y en rehacer virgos, alcahueta y un poquito hechicera. Era el primer oficio la tapadera de los otros, con cuyo pretexto muchas mozas sirvientes entraban en su casa a coserse y coser camisas y cuellos y otras muchas cosas. Ninguna venía sin algo de tocino, trigo, harina o jarro de vino y otros alimentos que podían a sus amas robar. Era muy amiga de estudiantes y de encargados de la despensa y de sirvientes de curas.

CALISTO.—Ya está, Pármene; déjalo para otro momento más oportuno. No nos detengamos, que la obligación es enemiga de la tardanza. Óyeme, yo mismo le he rogado que venga y ya espera más de lo que debe. Venga, no se vaya a impacientar. Pero te ruego, Pármene, que tu envidia hacia Sempronio, que en este asunto está a mi servicio y sigue mi gusto, no vaya a ser un impedimento para que yo consiga la solución de mi vida. Que si para él hubo un regalo, a ti no te faltará otro. No pienses que tengo en menos estima tus consejos y advertencias que sus trabajos y esfuerzos.

*Sempronio y Celestina, que están subiendo las escaleras, oyen algunas de las advertencias que Pármene hace contra la vieja alcahueta, que aun así le asegura a Sempronio que logrará que Pármene se una a ellos para aprovecharse del negocio de los amores de Calisto. Pármene, por fin, abre la puerta a Celestina.*

CALISTO.—¡Oh Pármene, ya la veo; sano estoy, vivo estoy! ¡Mira qué persona tan venerable, qué apariencia tan respetable! La

---

<sup>2</sup> *Tenerías*: lugar o taller donde se arreglan y trabajan las pieles.



mayoría de las veces, por el aspecto exterior se reconoce la virtud interior. ¡Oh vejez virtuosa, oh virtud envejecida! ¡Oh gloriosa esperanza de mi deseado fin! Desde ahora adoro la tierra que pisas y, para mostrar mi respeto hacia ti, la beso.

CELESTINA.—(*Aparte, a Sempronio.* Sempronio, ¡de las palabras vivo yo! Dile a tu amo que cierre la boca y comience a abrir la bolsa, que de las obras dudo, cuanto más de las palabras.)

PÁRMENO.—(*Hablando consigo mismo.* ¡Ay de las orejas que tales cosas oyen! Perdido está quien tras un perdido anda. ¡Oh Calisto desgraciado, ciego! ¡Y echado en tierra está adorando a la más antigua y puta vieja de los burdeles!)

CALISTO.—¿Qué decía la madre? Me parece que estaba pensando que le ofrecía palabras para no hacerle regalos.

SEMPRONIO.—Eso es lo que yo he oído.

CALISTO.—Pues ven conmigo; trae las llaves, que yo la sacaré de dudas.

SEMPRONIO.—Harás bien, vamos inmediatamente, que no se debe dejar crecer la hierba entre el trigo ni la desconfianza en los corazones de los amigos, sino limpiarla pronto con la azada de las buenas obras.

CALISTO.—Astutamente hablas. Vamos, no tardemos.

CELESTINA.—Me alegro, Pármeno, de que tengamos oportunidad de que conozcas el amor que te tengo, y lo partidaria de ti que soy, aunque no te lo mereces. Te he oído bien, y no creas que el oído, ni ningún otro sentido corporal, he perdido con la vejez. Tienes que saber, Pármeno, que Calisto anda con penas de amor; y no lo consideres por eso débil, porque el amor imposible todo lo vence. ¿Qué dices a esto, Pármeno? ¡Tontuelo, loquito, angelico, perlica, simplicico! Acércate aquí, putico, que no sabes nada del mundo ni de sus placeres. ¡Mala rabia me mate si no te arrimo a mí, aunque sea vieja! La

voz tienes ronca, la barba te está saliendo; intranquila debes tener la punta de la barriga.

PÁRMENO.—¡Como cola de alacrán!

CELESTINA.—E incluso peor, porque la otra muerde sin hinchar y la tuya hincha por nueve meses.

PÁRMENO.—¡Ji, ji, ji!

CELESTINA.—¿Te has reído, mal bicho, hijo mío?

PÁRMENO.—Calla, madre, no me culpes ni me consideres, aunque soy muchacho, un ignorante. Amo a Calisto, le debo fidelidad, porque me he criado en su casa, por haber recibido beneficios, por haber sido por él bien tratado. Lo veo perdido pues no hay cosa peor que ir tras un deseo sin esperanza de llegar a buen fin, y especialmente cuando cree que va a remediar un asunto tan complicado y difícil con los vanos consejos y las necias razones de ese bruto de Sempronio. No lo puedo sufrir. ¡Lo digo y lloro!

*En la misma conversación, Pármeno confiesa a Celestina que la conoció cuando era pequeño. Celestina finge sorpresa.*

CELESTINA.—¿Quién eres tú?

PÁRMENO.—¿Quién? Pármeno, hijo de Alberto, tu compadre. Estuve contigo un mes porque mi madre me llevó contigo cuando vivías en la cuesta del río, cerca de las tenerías.

CELESTINA.—¡Jesús, Jesús, Jesús! ¿Y tú eres Pármeno, el hijo de la Claudina?

PÁRMENO.—¡A fe, soy yo!

CELESTINA.—¡Pues que un fuego malo te queme, porque tan puta vieja era tu madre como yo! ¿Por qué me persigues, Parmenico? ¿Te acuerdas cuando dormías a mis pies, loquito?

PÁRMENO.—Sí, desde luego. Y algunas veces, aunque era un niño, me subías a la cabecera y me apretabas contra ti y, como olías a vieja, yo huía de ti.